

JACQUES EL FATALISTA

Denis Diderot

InfoLibros.org



SINOPSIS DE JACQUES EL FATALISTA

Jacques el Fatalista es una novela satírica de Denis Diderot, publicada en el año 1785. Se trata de una de las obras más célebres del período de la Ilustración. La trama gira en torno a los diálogos entre Jacques y su amo, quienes hacen un viaje a caballo hacia un lugar del que no se dan demasiados detalles.

El amo de Jacques, debido al aburrimiento del viaje, para distraerse le pide que le cuente sus aventuras amorosas. Pero, las anécdotas de Jacques son interrumpidas todo el tiempo por situaciones hilarantes y por la intervención de otros personajes.

Uno de los personajes interrumpe al narrador de la novela, haciéndole preguntas y pidiéndole explicaciones adicionales sobre los asuntos tratados. Algunos temas sobre los que se reflexiona de manera cómica son el libre albedrío y el poder de mando.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[Jacques el Fatalista por Denis Diderot en InfoLibros.org](#)

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Jacques the Fatalist author Arthur Conan Doyle](#)
 - Portugués InfoLivros.org: [Jacques o Fatalista autor Denis Diderot](#)
 - Francés InfoLivres.org: [Jacques le Fataliste auteur Denis Diderot](#)
-

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

¿CÓMO SE conocieron? Por casualidad, como todo el mundo.
¿Cómo se llamaban? ¿Qué os importa? ¿De dónde venían? Del lugar más cercano. ¿Adónde iban?

¿Sabemos acaso dónde vamos? ¿Qué decían? El amo no decía nada; y Jacques decía que su capitán decía que todo cuanto de bueno y malo nos acontece aquí abajo, escrito estaba allí arriba.*

EL AMO.—¡Gran frase ésa!

JACQUES.—Mi capitán solía añadir: cada bala que sale de un fusil lleva una etiqueta.**

EL AMO.—Y tenía razón...

* Éste será el leit motiv de Jacques, su fatalismo. Sin embargo, la palabra, al parecer de Yvon Belaval, está mal elegida, ya que define una creencia religiosa, y Jacques no es un creyente. Hoy emplearíamos la palabra «determinista» (en sentido epistemológico).

** La frase pertenece al Tristram Shandy (IV, cap. 48). Sterne cuenta que el rey Guillermo arengaba a sus tropas diciéndoles «que cada bala tenía su etiqueta».

Tras una breve pausa, Jacques exclamó: «¡Que el diablo se lleve a la taberna y al tabernero!».

EL AMO.—¿Por qué entregáis vuestro prójimo al diablo? Eso no es cristiano.

JACQUES.—Porque mientras me emborracho con su pésimo vino, me olvido de llevar los caballos a abrevar. Mi padre lo nota; se enfada. Yo sacudo la cabeza; toma él un garrote y me frota algo rudamente la espalda. Pasaba un regimiento camino de Fontenoy;* me alisto por despecho. Llegamos; comienza la batalla.

EL AMO.—Y recibes la bala que te correspondía. JACQUES.—Lo habéis adivinado; un balazo en la ro-

dilla; y Dios sabe cuántas aventuras, buenas y malas, ha traído ese balazo. Se sostienen unas a otras como los eslabones de una cadena. Sin ese balazo, por ejemplo, creo que no me habría enamorado en la vida, ni sería cojo.**

EL AMO.—¿Así que te enamoraste? JACQUES.—¡Y cómo!

EL AMO.—¿A causa del balazo? JACQUES.—Del balazo.

EL AMO.—Nunca me dijiste nada.

* Fontenoy está al sureste de Tournai. La batalla tuvo lugar el 11 de mayo de 1745, y a su término, los franceses, a las órdenes

del mariscal de Saxe, vencieron a ingleses, austríacos y holandeses, conducidos por el duque de Cumberland.

** La historia pertenece al Tristram Shandy. En la novela inglesa, Trim narra el encadenamiento de sucesos que surgen de una herida recibida en Landen, y termina su historia en pocas páginas. Didot, aprovechando el motivo, desarrolla toda una novela.

JACQUES.—En efecto. EL AMO.—¿Y por qué?

JACQUES.—Porque no hubiese podido decirlo ni un poco antes ni un poco después.

EL AMO.—¿Y tú crees que ha llegado ya el momento de contarme tus amoríos?

JACQUES.—¡Quién sabe!

EL AMO.—Por si acaso, empieza de una vez...

Jacques comenzó la historia de sus amores. Era la hora de la siesta y la atmósfera, plomiza; su amo se durmió. La noche los sorprendió en medio de la campiña; se habían extraviado. Y ya tenemos al amo, terriblemente enojado, descargando severos latigazos sobre su criado, y al pobre diablo comentando a cada golpe: «También éste, al parecer, estaba escrito en las alturas...».

Como podéis apreciar, querido lector, voy por buen camino, y si quisiera podría haceros esperar un año, dos años, tres años, antes de contaros los amores de Jacques, separándolo de su amo y haciéndoles correr a cada uno de ellos las aventuras que me pluguiera. ¿Qué me impediría casar al amo y hacerle cornudo? ¿O embarcar a Jacques rumbo a las islas? ¿Llevar hasta allí a su amo? ¿Devolverlos a Francia, ambos en el mismo navío? ¡Qué fácil es escribir cuentos! Pero los libraré de ello a uno y a otro, a cambio de una mala noche; y a vos, a cambio de este retraso.

Amaneció un nuevo día. Y ya los tenéis de nuevo montados en sus bestias y siguiendo su camino. —¿Y adónde iban? Es la segunda vez que me hacéis esa pregunta, y por segunda vez os respondo: ¿Qué os importa?

Si me pongo a hablar del motivo de su viaje, despedíos de los amores de Jacques... Avanzaron un trecho en silencio. Y cuando ambos sintieron algo aliviado su mal humor, el amo le dijo al criado: «¡Ea, Jacques! ¿Qué me estabas contando de tus amores?». ».

JACQUES.—Creo que estaba contando la retirada del ejército enemigo. Unos escapan, otros los persiguen, cada cual piensa en sí mismo. Yo permanezco en el campo de batalla, cubierto por un montón de muertos y heridos, cuyo número fue

prodigioso. Por la mañana me arrojaron, junto con otros doce, a un carro que debía conducirnos hasta uno de nuestros hospitales. ¡Ah, señor!, no creo que haya herida más cruel que la de la rodilla.

EL AMO.—Vamos, vamos, Jacques, estás bromeando.

JACQUES.—¡No, por Cristo, no bromeo en absoluto, señor! En ese lugar hay no sé cuántos huesos, tendones, y multitud de cosas cuyo nombre ignoro...

Una especie de labriego que los seguía con una muchacha en la grupa de su montura, y que les había oído hablar, tomó la palabra y dijo: «Tiene razón el señor...». Nadie sabía a quién iba dirigido ese señor, pero Jacques y su amo lo tomaron muy a mal, y Jacques le dijo al

indiscreto interlocutor: «¿Por qué te metes?».

—Por mi oficio; soy cirujano para lo que gustéis mandar, y os lo voy a demostrar...

La mujer que llevaba a la grupa le decía: «Señor doctor, sigamos nuestro camino y dejemos en paz a estos caballeros, que no tienen ninguna necesidad de demostraciones».

—No —respondió el cirujano—, quiero demostrarlo y lo voy a demostrar...

Y, dándose la vuelta para hacer la demostración, empuja a su acompañante y la arroja al suelo, con un pie enganchado en los bajos del traje y las faldas arremangadas sobre la cabeza. Jacques desmonta, libera el pie de la pobre desgraciada y le baja las faldas. No sé si empezó por bajarle las faldas o por liberar el pie; pero el estado de la mujer, a juzgar por sus gritos, debía de ser extremadamente grave. Y el amo de Jacques le decía al cirujano:

«A eso lo llamo yo una demostración».

Y el cirujano: «Eso es lo que sucede cuando a uno le impiden hacer demostraciones...».

Y Jacques a la mujer caída o recogida: «Consolaos, buena mujer, no es culpa vuestra, ni del señor doctor, ni mía, ni de mi amo: lo que pasa es que estaba escrito allí arriba que hoy, en este camino, a esta hora, el señor doctor se comportara como un charlatán, mi amo y yo como dos brutos, que vos recibiríais una contusión en la cabeza y que os veríamos el culo...».

¡En qué se convertiría esta aventura, si a mi fantasía le diera por desesperaros! Realzaría la importancia de esta mujer; la haría sobrina del cura de un pueblo vecino; amotinaría a los campesinos del pueblo; arreglaría combates y amoríos; porque a fin de cuentas la campesina, bajo las faldas, era muy hermosa. Jacques y su amo lo habían percibido; no siempre el amor ha esperado una ocasión tan seductora. ¿Por qué no iba a enamorarse Jacques, el rival favorito de su amo? —Pero ¿es

que ya ha ocurrido por segunda vez? ¿Por qué no iba a ser por segunda vez antes?— Siempre preguntando. ¿Así que no

queréis que Jacques continúe con la historia de sus amores? Decidlo de una vez por todas: ¿os gustaría o no que Jacques explicara la historia de sus amores? Si eso es lo que os gustaría, reintegramos la campesina a la grupa, detrás del jinete, dejemos que se vayan y volvamos a nuestros dos viajeros. Esta vez fue Jacques quien tomó la palabra y le dijo al amo: «Así va el mundo; vos, que nunca habéis recibido una herida y que no sabéis lo que es un balazo en la rodilla, me mantenéis a mí, que tengo la rodilla destrozada y cojeo desde hace veinte años...».

EL AMO.—Es posible que así sea. Pero ese cirujano

impertinente ha sido el causante de que todavía estés en el carro, junto a tus camaradas, lejos del hospital, lejos de la curación y lejos de enamorarte.

JACQUES.—Sea cual sea vuestra opinión, el dolor de mi rodilla era excesivo; y aún se veía aumentado por la dureza del transporte y el estado de los caminos, así que a cada tumbo daba yo un grito agudo.

EL AMO.—¿Porque allí arriba estaba escrito que gritarías?

JACQUES.—¡Con toda seguridad! Perdía mucha sangre, y hubiera sido hombre muerto si nuestro carro, el último de la fila, no se hubiera detenido delante de una choza. Allí, pedí

que me bajaran; me depositan en el suelo. Una mujer, que estaba al pie de la puerta, entró en el cha- mizo y volvió a salir casi de inmediato con un vaso y una botella de vino. Bebí uno o dos vasos apresuradamente. Los carros que precedían al nuestro comenzaron a mo- verse. Ya se disponían a tirarme entre mis camaradas cuando, agarrando con toda mi fuerza las ropas de aquella mujer y todo cuanto me rodeaba, chillé que no subiría al

carro y que, morir por morir, prefería hacerlo allí donde estaba que dos leguas más lejos. Cuando terminé de decir- lo, me desvanecí. Al despertar, me encontré desnudo en un lecho que ocupaba uno de los rincones de la choza, y tenía a mi alrededor a un labriego, el dueño del lugar, su mujer, que era quien me había socorrido, y algunos niños pequeños. La mujer había empapado la esquina de su de- lantal en vinagre y me frotaba la nariz y las sienes.

EL AMO.—¡Ah, maldito! ¡Ah, bribón! ¡Ya adivino lo que hiciste, canalla!

JACQUES.—Creo que no adivináis nada, señor.

EL AMO.—¿No es ésa la mujer de la que te enamo- raste?

JACQUES.—Y aun cuando me hubiese enamorado de ella, ¿qué se me podría reprochar? ¿Puede uno ena- morarse o no enamorarse a voluntad? Y si así fuera, ¿po- demos actuar como si no lo estuviéramos cuando lo esta- mos? De haber estado

escrito allí arriba, todo cuanto podáis decirme ya me lo habría dicho yo: me habría abofeteado, me habría dado de cabezazos contra un muro, me habría arrancado los cabellos; pero de nada habría servido, y mi benefactor hubiese acabado cornudo.

EL AMO.—Sin embargo, siguiendo tu modo de razonar, no habría crimen que no pudiera ser cometido sin remordimientos.*

* La frase francesa es muy ambigua: «il n'y a point de crime qu'on ne commît sans remords». Pero el sentido es claro: podríamos cometer todo tipo de crímenes, sin remordimiento, puesto que obedecemos a lo escrito «allí arriba».

JACQUES.—Más de una vez me he roto los sesos pensando en esa objeción; pero con todo, y sintiéndolo mucho, me atengo a la frase de mi capitán: cuanto nos sucede, sea bueno o sea malo, aquí abajo, escrito está en las alturas. ¿Sabéis de algún medio para borrar esa escritura? ¿Puedo yo dejar de ser yo mismo? Siendo yo mismo, ¿puedo actuar de otro modo que como yo? ¿Puedo ser yo mismo y otro? ¿Ha habido un solo instante, desde que estoy en el mundo, en que esto que os digo no haya sido así? Sermoneadme cuanto queráis, vuestras razones serán excelentes, pero si está escrito en mí o allí arriba que me parezcan malas, ¿qué puedo hacer?

EL AMO.—Me pregunto si tu benefactor es un cornudo porque estaba escrito que lo fuera, o estaba escrito que lo fuera porque tú tenías que ponerle cuernos a tu benefactor.

JACQUES.—Ambas cosas estaban escritas una al lado de la otra. Todo fue escrito de una sola vez. Es como un gran cilindro que se desenrolla poco a poco...

Ya comprenderá el lector hasta dónde podría yo extender esta conversación sobre un tema del que ya tanto se ha dicho y escrito en los últimos dos mil años, sin avanzar un solo paso. Si os disgusta un poco lo que acabo de decir, agradecedme en cambio todo cuanto dejo de decir.

Mientras disputaban nuestros dos teólogos, sin entenderse, como suele suceder en teología, cayó la noche. Atravesaban unos parajes tradicionalmente peligrosos, pero todavía más desde que la mala administración y la miseria habían multiplicado infinitamente el número de malhechores. Se detuvieron en un albergue misérrimo.

Les prepararon dos catres en una habitación cerrada por tabiques resquebrajados. Pidieron la cena. Les sirvieron una sopa aguada, pan negro y vino agrio. El posadero, la patrona, sus hijos, los sirvientes, todos tenían un aspecto siniestro. Oían a su lado las carcajadas desordenadas y el tumultuoso escándalo

de una docena de bandidos que les habían precedido, acaparando las provisiones. Jacques estaba bastante tranquilo; no puede decirse que su amo lo estuviera tanto. Este último transparentaba la preocupación en todos sus gestos, mientras su criado engullía trozos de pan negro y tragaba haciendo muecas algunos vasos de mal vino. En eso estaban cuando oyeron llamar a la puerta; era un sirviente, a quien aquellos insolentes y peligrosos vecinos habían obligado a llevar a nuestros dos viajeros una bandeja con los huesos de un pollo que acababan de devorar. Jacques, indignado, toma las pistolas de su amo.

—¿Adónde vas?

—Dejadme.

—¿Dónde vas, digo?

—A poner en razón a esos canallas.

—¿No sabes que son una docena?

—Aunque fueran cien, el número poco importa, si está escrito allí arriba que no sean bastantes.

—¡Que el diablo se os lleve, a ti y a tu condenado refrán!...

Jacques se libra del amo, entra en la habitación de los patibularios con una pistola armada en cada mano.

«A dormir, deprisa —les dice—, y al primero que proteste le salto la tapa de los sesos». Jacques tenía un aspecto y un tono tan convincentes que aquellos bribones, amantes de

sus vidas como cualquier honesto ciudadano, se levantan de la mesa sin decir palabra, se desnudan y se acuestan. Inquieto por el desenlace que podía tener la aventura, su amo le espera temblando. Jacques entró cargado con la ropa de aquella gente; se la llevaba para que no tuvieran la tentación de levantarse; les había apagado el candil y cerrado la puerta, cuya llave sostenía junto a una de las pistolas. «Ahora, señor — le dijo a su amo—, sólo nos resta hacer una barricada empujando nuestros catres contra esa puerta, y dormir apaciblemente...». Y se puso manos a la obra, empujando los catres, mientras le contaba fría y sucintamente a su amo los detalles de la expedición.

EL AMO.—¿Qué clase de hombre eres tú, Jacques?

¿Crees acaso que...?

JACQUES.—Ni creo ni dejo de creer.

EL AMO.—¿Y si no hubieran querido acostarse? JACQUES.—Eso era imposible.

EL AMO.—¿Por qué? JACQUES.—Porque no lo hicieron.

EL AMO.—¿Y si se hubieran levantado? JACQUES.—Tanto mejor, o tanto peor. EL AMO.—Y si... Y si... Y si..., etcétera.

JACQUES.—Y si el mar hirviera, tendríamos, como suele decirse, pescado hervido para cenar. ¡Qué diablo! Hace un rato, señor,

creíais que yo corría un gran riesgo y resultó que nada era más falso; ahora os imagináis estar ante un peligro inminente, y quizá, de nuevo, nada sea tan falso. En esta casa todos tenemos miedo unos de otros; lo que prueba que todos somos unos necios...

En tanto que así peroraba, se desnudó, se acostó y se durmió. El amo, comiendo a su vez un trozo de pan negro y bebiendo un trago de mal vino, escuchaba a su alrededor, miraba a Jacques roncar y se decía: «¡Diablo de hombre!...». Siguiendo el ejemplo del criado, el amo se tendió sobre su jergón, pero no durmió tan apaciblemente. En cuanto apuntó el día, Jacques sintió una mano que le empujaba; era la de su amo que le llamaba en voz baja: «¡Jacques! ¡Jacques!».

JACQUES.—¿Qué pasa? EL AMO.—Es de día.

JACQUES.—Muy posiblemente. EL AMO.—Pues levántate.

JACQUES.—¿Por qué?

EL AMO.—Porque tenemos que salir de aquí cuanto antes.

JACQUES.—¿Por qué?

EL AMO.—Porque aquí estamos en peligro.

JACQUES.—¿Quién sabe! ¿Estaremos mejor en otro sitio?

EL AMO.—¡Jacques!

JACQUES.—¡Y dale! ¡Jacques, Jacques! ¿Qué clase de hombre sois?

EL AMO.—¿Qué clase de hombre eres tú? Jacques, amigo mío, te lo pido por favor.

Jacques se restregó los ojos, bostezó repetidas veces, estiró los brazos, se levantó, se vistió sin prisas, trasladó los catres, salió del cuarto, bajó, fue al establo, ensilló y aparejó los caballos, despertó al posadero que todavía dormía, pagó

la cuenta, se quedó con las llaves de las habitaciones; y ya tenéis a nuestros héroes nuevamente en camino.

El amo quería alejarse a todo galope; Jacques quería ir al paso, siempre de acuerdo con su sistema filosófico. Cuando se encontraban a una distancia considerable de la miserable posada, el amo, oyendo que en el bolsillo de Jacques repicaba algún objeto, le preguntó de qué se trataba: Jacques le dijo que se trataba de las llaves de las habitaciones.

EL AMO.—¿Y por qué no las devolviste?

JACQUES.—Porque así tendrán que derribar dos puertas; la de nuestros vecinos para sacarlos de su prisión, y la nuestra para restituirles su vestimenta; eso nos da tiempo.

EL AMO.—¡Magnífico, Jacques! Pero ¿para qué que-
remos ganar tiempo?

JACQUES.—¿Para qué? A fe mía que lo ignoro por completo.

EL AMO.—Y si quieres ganar tiempo, ¿por qué va-
mos al paso que vamos?

JACQUES.—Lo que sucede es que, como ignoramos lo que está
escrito allí arriba, no sabemos ni lo que que-
remos ni lo que
hacemos, y por eso obedecemos a lo que nos dice esa fantasía
a la que llaman razón, la cual, las más de las veces, no es otra
cosa que una peligrosa ilu-
sión que a veces acaba bien y a
veces mal.

EL AMO.—¿Podrías distinguir un sabio de un necio? JACQUES.—
¡Cómo no!... Un necio..., esperad un mo-
mento..., es un hombre
desdichado; y, por consiguiente,

un hombre feliz es un sabio.

EL AMO.—¿Y qué distingue a un hombre feliz de uno
desdichado?

JACQUES.—Esta pregunta es más sencilla. Un hom-
bre feliz es
aquel cuya dicha está escrita allí arriba; y, por consiguiente,
aquel cuya desgracia está escrita allí arriba, es un desgraciado.

EL AMO.—¿Y quién escribió allí arriba la desdicha y la felicidad?

JACQUES.—¿Y quién hizo el gran cilindro donde todo está escrito? Un capitán, amigo de mi capitán, hubiese dado gustosamente un escudo por averiguarlo;* mi capitán, en cambio, no hubiese dado ni un céntimo, ni yo tampoco, porque ¿de qué me serviría? ¿Evitaría por ello el agujero donde debo romperme la crisma?

EL AMO.—A mí me parece que sí.

JACQUES.—A mí me parece que no; porque entonces, necesariamente, habría una mentira en ese gran cilindro que sólo contiene la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. En ese cilindro estaría escrito:

«Jacques se romperá la crisma tal día», y Jacques, ese

* Al parecer, Diderot se hace eco de una anécdota contenida en el libro de Charles Collé, *Journal et Mémoires sur les hommes de lettres, les ouvrages dramatiques et les événements les plus mémorables du règne de Louis XV: 1748-1772* (París, 1868). La anécdota lleva la fecha de mayo de 1751 y debió de ser popularmente conocida. Al ser conducido al suplicio, un suizo recuerda que, aunque nacido protestante, se convirtió al catolicismo: «Perplejo y dudoso, se dirigió al Mayor de su regimiento y le dijo: “Señor, ¿cuál de las dos religiones es la mejor?”. “¡Diablos! —respondió el Mayor—, daría con gusto cien escudos por saberlo, amigo mío”».

día, no se rompería la crisma. ¿Os parece eso posible, sea quien sea el autor de ese gran cilindro?

EL AMO.—Sobre eso hay mucho que hablar.

JACQUES.—Mi capitán opinaba que la prudencia es una suposición según la cual estamos autorizados por la experiencia a contemplar las circunstancias en que nos encontramos como causas de ciertos efectos que es de esperar, o de temer, acontezcan en el futuro.

EL AMO.—¿Y entendías algo de todo eso? JACQUES.—

Ciertamente; poco a poco me acostum-

bré a su modo de hablar. Pero, añadía, ¿quién puede jactarse de tener suficiente experiencia? Aquel que pretendió ser el más rico en ella, ¿nunca fue engañado por nadie? Y además, ¿quién es capaz de apreciar con toda justicia las circunstancias en las que se encuentra? Los cálculos que hacemos con el pensamiento, y los que están fijados en el registro de las alturas, son dos cálculos completamente distintos. ¿Somos nosotros los que dirigimos el destino, o el destino quien nos dirige a nosotros? ¡Cuántos proyectos sabiamente preparados fracasaron y cuántos fracasarán todavía! ¡Cuántos proyectos insensatos han triunfado y cuántos triunfarán! Eso es lo que mi capitán me repetía, durante el asalto de Berg-op-Zoom y la toma de Mahón;* y añadía que la prudencia

* Berg-op-Zoomm, fortaleza holandesa que fue tomada por Maurice de Saxe el 16 de septiembre de 1747. Mahón es, naturalmente, la capital de Menorca. El duque de Richelieu expulsó de allí a los ingleses el 20 de abril de 1756, inaugurando con ello la Guerra de los Siete Años.

no nos aseguraba el éxito en absoluto, pero nos consolaba y excusaba de los fracasos: de manera que la víspera de un combate dormía en su tienda como si estuviera en el cuartel, y acudía a la línea de fuego como quien va al baile. Ése sí que os hubiese hecho exclamar: «¡Diablo de hombre!...».

En ésas estaban cuando oyeron, a cierta distancia, ruidos y gritos; volvieron la cabeza, y vieron un grupo de hombres armados con palos y bieldos que avanzaban hacia ellos a todo correr. Creeréis que se trataba de la gente de la hospedería, los sirvientes y los bandidos de quienes os hablé. Creeréis que, por la mañana, habían derribado la puerta a falta de llaves, y que aquellos criminales imaginaron que nuestros dos viajeros habían desaparecido llevándose sus ropas. Jacques así lo creyó, y renegaba entre dientes: «¡Malditas sean las llaves y la fantasía o la razón que me impulsó a robarlas! ¡Maldita sea la prudencia!, etcétera». Creeréis que ese pequeño ejército va a caer sobre Jacques y su amo, que

asistiremos a una sangrienta batalla, que se darán de bastonazos, que se asarán a tiros; y sólo depende de mí el que así sea; pero entonces, adiós a la verdadera historia, adiós a la narración de los amores de Jacques. No: nadie perseguía a nuestros viajeros; ignoro lo que sucedió en la posada tras su partida. Continuaron el viaje, siempre adelante sin saber adónde iban, a pesar de que supieran más o menos adónde querían llegar; distrayendo el aburrimiento y la fatiga mediante el silencio y la charla, como es costumbre entre los caminantes, y en ocasiones entre quienes permanecen sentados.

Es evidente que no estoy escribiendo una novela, ya que desdeño aquello que un novelista no dejaría de emplear. Quien tomara lo que escribo como la pura verdad, quizá estaría menos equivocado que quien lo tomara por una fábula.

Esta vez fue el amo el primero en hablar y comenzó con el estribillo de costumbre: «¡Ea, Jacques! ¿Qué me estabas contando de tus amores?».

JACQUES.—Ya no sé dónde estaba. Me han interrumpido tantas veces, que mejor sería empezar de nuevo.

EL AMO.—No, no. Repuesto de tu desfallecimiento frente al chamizo, despertaste en un lecho, rodeado por sus habitantes.

JACQUES.—¡Bravo! Lo más urgente era encontrar un cirujano, y no lo había en más de una legua a la redonda. Aquel buen hombre mandó a uno de sus hijos que montara a caballo, y acudiera al lugar más próximo. Mientras tanto, la mujer había calentado un vino grosero, hecho jirones con una camisa vieja de su marido y vendado mi rodilla, cubriéndola de compresas y envolviéndola con trapos. Pusieron un poco de azúcar, robado a las hormigas, en una porción del vino utilizado para mi vendaje, y me lo tragué; a continuación me exhortaron a ser paciente. Era tarde; se sentaron a la mesa y cenaron. Terminaron de cenar. Pero el niño no volvía, y seguíamos sin cirujano. El padre se puso de mal humor. Era un hombre de naturaleza colérica; continuamente reñía a su mujer, pues nada de lo que hacía era de su gusto. Mandó a dormir a los otros hijos de mala manera. Su mujer se sentó en un banco y tomó la rueca. Él iba y venía; y yendo

y viniendo buscaba pelea por cualquier motivo. «Si hubieras estado en el molino como te dije...», y acababa la frase señalando con la cabeza del lado de mi lecho.

—Mañana iré.

—Era hoy cuando tenías que haber ido, como yo te dije... ¿Y a qué esperas para aventar los restos de paja que todavía quedan en el corral?

—Mañana los aventaré.

—La que tenemos ya se está acabando; y mejor hubiera hecho aventándola hoy, como te dije... ¿Y ese montón de cebada que está pudriéndose en el granero? Apuesto a que ni se te ocurrió airearlo.

—Lo hicieron los hijos.

—Tendrías que haberlo hecho tú misma. Si hubieras estado en el granero, no habrías estado a la puerta... Entonces llegó un cirujano, luego otro, y luego, con el chiquillo del chamizo, un tercero.

EL AMO.—Tantos cirujanos como sombreros tenía San Roque.*

JACQUES.—El primero estaba ausente a la llegada del niño; pero su mujer fue a visitar al segundo, mientras el tercero acompañaba al pequeño. «¡Caramba! Buenas noches, colegas, ¿qué os trae por aquí?», dijo el primero a los otros dos... Habían acudido a toda prisa, venían acalorados, estaban nerviosos. Se sentaron en torno a la mesa, cuyo mantel todavía no había sido recogido. La

* El proverbio francés se utiliza cuando, dado un número de pertenencias, algunas son innecesarias. A San Roque se le representa popularmente con tres sombreros.

mujer baja a la bodega, y sube con una botella. El marido rezongaba entre dientes: «¿Qué diablos haría en la puerta?». Se ponen a beber, hablan de las enfermedades de la comarca; atacan la enumeración de sus prácticas. Me quejo; me dicen: «Enseguida estaremos con ustedes». Terminada la botella, piden otra a cuenta de mi tratamiento; luego una tercera, una cuarta, siempre a cuenta de mi tratamiento; y a cada nueva botella, el marido repetía su primera exclamación: «¿Qué diablos haría en la puerta?».

¿Qué ventajas no hubiera sacado cualquier otro de estos tres cirujanos?: su conversación tras la cuarta botella, la multitud de sus curas maravillosas, la impaciencia de Jacques, el mal humor del huésped, las ocurrencias de aquellos esculapios de campo sobre la rodilla de Jacques, sus distintas opiniones, uno pretende que Jacques es hombre muerto si no le cortan la pierna ipso facto, el otro dice que hay que extraer la bala y la porción de ropa que se llevó consigo, conservándole la pierna al pobre diablo. A todas estas, habríamos visto a Jacques sentado en el lecho, mirando su pierna con extrema piedad, despidiéndose de ella para siempre, igual que aquel pobre general que cayó en manos de Dufouart y Louis.* El tercer

* Pierre Dufouart fue un célebre cirujano. Murió en Sceaux, en 1813, a la edad de setenta y ocho años. Escribió un tratado sobre las heridas producidas por arma de fuego.

Antoine Louis (1723-1792), nació en Metz y fue secretario de la Academia de París. A su cargo estuvo la parte quirúrgica de la Enciclopedia.

cirujano habría dicho tantas majaderías como para incitar a una batalla campal, pasando de las palabras a los hechos. Os evito todas estas cosas; las podéis encontrar en las novelas, en el teatro y en sociedad. Cuando oí exclamar a aquel buen hombre, a propósito de su mujer: «¿Qué diablos haría en la puerta?», recordaba yo al Harpagon de Molière, diciendo de su hijo: ¿Y qué demonios hacía en aquella galera?* Me di cuenta entonces de que no basta con ser sincero, es necesario, además, ser divertido; ésa es la razón por la que siempre se dirá: ¿Y qué demonios hacía en aquella galera?, mientras que la frase de mi labriego, ¿qué diablos

haría en la puerta?, nunca se convertirá en proverbio.

Pero Jacques, con su amo, no fue tan reservado como yo con mis lectores; no omitió la menor circunstancia, corriendo el riesgo de dormirlo por segunda vez. Si bien no fue el más hábil, sí fue el más vigoroso de los tres cirujanos quien acabó por apoderarse del paciente.

¡No iréis ahora, me diréis, a sacar el bisturí ante nosotros, a cortar carnes, a hacer fluir chorros de sangre, y mostrarnos una operación quirúrgica! ¿Os parece que sería de buen tono?... Ea, omitamos también la operación quirúrgica; pero me permitiréis, al menos, que Jacques le diga a su amo, como verdaderamente dijo: «¡Ah, señor! ¡Es algo terrible recomponer una rodilla hecha añicos!». Y a su amo que responda, como en ocasiones

*Diderot comete un error de memoria: no se trata de Harpagon, sino de Géronte (en *Fourberies de Scapin*, II, 7), quien exclama repetidas veces esa frase, cuando se entera de que su hijo ha caído preso del Turco. La comicidad de la escena puso de moda la frase, pero no puede decirse que en la actualidad continúe siendo un proverbio popular.

anteriores: «Vamos, vamos, Jacques, estás bromeando...». Pero lo que no dejaré de decir, ni por todo el oro del mundo, es que no bien hubo dado tan impertinente respuesta el amo de Jacques, su caballo tropieza, se cae, y el jinete va a dar con su rodilla contra una roca puntiaguda; ahí le tenéis gritando desafortadamente: «¡Soy hombre muerto! ¡Me he roto la rodilla!».

Aunque Jacques, un hombre de la mejor naturaleza que quepa imaginar, fuese tiernamente leal a su amo, me gustaría mucho

saber lo que sintió en su interior, si no en el primer momento, por lo menos tras asegurarse de que la caída no iba a tener consecuencias graves, y si por ven- tura pudo reprimir un leve sentimiento de secreta alegría por este accidente que iba a enseñarle a su amo lo que puede llegar a ser una herida en la rodilla. Otra cosa que me gustaría mucho que me dijerais, querido lector, es si el amo no hubiera preferido herirse, incluso más grave- mente, en otro lugar que no fuera en la rodilla, y si no se resintió más duramente de la vergüenza que del dolor.

En cuanto el amo se repuso de la caída y de la an- gustia, volvió a montar y descargó cinco o seis espuela- zos sobre su caballo, el cual salió disparado; lo mismo hi- zo la montura de Jacques, pues entre los dos animales existía la misma intimidad que entre los dos jinetes; eran un par de amigos.

Cuando, agotados, ambos caballos recuperaron su paso ordinario, Jacques le dijo a su amo: «Y bien, señor, ¿qué opináis?».

EL AMO.—¿Sobre qué? JACQUES.—Sobre la herida de la rodilla.

EL AMO.—Estoy de acuerdo; es una de las más do- lorosas.

JACQUES.—¿La vuestra?

EL AMO.—No, no; la mía, la tuya, la de cualquier rodilla del mundo.

JACQUES.—Mi amo, mi amo, que no prestáis atención; creedme: sólo nos quejamos de nuestro propio dolor.

EL AMO.—¡Qué bobada!

JACQUES.—¡Ah, si yo supiera decir lo que pienso! Pero estaba escrito allí arriba que, teniendo las cosas en la cabeza, me faltarían las palabras.

Entonces Jacques se sumergió en una metafísica sutil y quizá verdadera. Intentó hacerle entender a su amo que la palabra «dolor» carecía de idea, y que sólo empezaba a significar algo en el momento en que nos traía a la memoria una sensación que otrora experimentamos. Su amo le preguntó a Jacques si ya había parido alguna vez.

—No —respondió Jacques.

—¿Y tú crees que será muy doloroso eso de parir?

—¡Con toda seguridad!

—¿Te compadeces de las parturientas?

—Mucho.

—¿Así que te compadeces de otros y no de ti mismo?

—Compadezco a todos aquellos y todas aquellas que se retuercen las manos, se arrancan los cabellos y gritan, ya que sé por experiencia que eso sólo se hace cuando uno sufre; pero en cuanto al dolor característico de las parturientas, no me

compadezco de él: no sé lo que es, gracias a Dios. Pero volviendo a un dolor que

ambos conocemos, la historia de mi rodilla, que es ya la vuestra tras esa caída...

EL AMO.—No, Jacques; la historia de tus amores, que es ya la mía tras mis pasadas cuitas.

JACQUES.—Pues allí me tenéis, curado, algo más tranquilo, el cirujano ya ido, y mis huéspedes retirados y acostados. Su habitación y la mía no estaban separadas más que por unos tablones espaciados, sobre los que habían pegado un papel gris, y sobre el papel algunas láminas coloreadas. Yo no conciliaba el sueño, y oí que la mujer le decía al marido: «Dejadme, no tengo ganas de divertirme. ¡Ese pobre infeliz agonizando a nuestra puerta!...».

—Mujer, todo eso me lo cuentas después.*

—Ni hablar. Si no os estáis quieto, me levanto. ¿No veis que puede ser dañino, teniendo el alma tan entristecida?

—Si tanto te haces de rogar, peor para ti.

—No es que me haga de rogar, ¡es que a veces sois tan duro...!
¡Es que...! ¡Es que...!

Tras una pausa, el marido tomó la palabra y dijo:

—Mujer, supongo que estarás de acuerdo ahora en que, por una piedad exagerada, nos has puesto en una

* La mujer emplea el vos con su marido, pero el marido tutea a su mujer; este uso campesino marcaba la superioridad legal del hombre sobre la mujer. El empleo del vos, que se extendió a partir del siglo XVI y se generalizó en el XVII comenzó a debilitarse en el XVIII, pero no desapareció hasta después de la Revolución.

Sin embargo, más adelante, en la fruición amorosa, la mujer tuteará al marido.

embarazosa situación de la que es prácticamente imposible salirse. El año ha sido malo; a duras penas tenemos lo suficiente para satisfacer nuestras necesidades y las de los hijos. ¡El grano está carísimo! ¡No hay vino! Si por lo menos hubiera trabajo, pero los ricos se desentienden; los pobres no podemos hacer nada; para un día de labor, hay cuatro de pérdida. Nadie paga sus deudas; los acreedores son de una dureza desesperante: y ése es el momento que tú eliges para introducir aquí a un desconocido, un extranjero que se quedará hasta sabe Dios cuándo, y a un cirujano que no se apresurará en curarle, porque estos cirujanos alargan las enfermedades tanto como pueden; además, no tiene un céntimo y doblará o

triplicará nuestros gastos. Díme, pues, ¿cómo vas a librarte de esa hambre? Habla, mujer, dime algo.

—No puede hablarse con alguien como vos.

—Dices que soy huraño, que soy gruñón; ¿quién no lo sería en mi situación? ¿Quién podría dejar de gruñir? Nos quedaba algo de vino en la bodega: ¡Dios sabe lo que va a ser de él! Los cirujanos se bebieron ayer por la noche más de lo que nosotros y los hijos bebemos en una semana. Y ese cirujano no trabaja gratis, como puedes suponer, ¿quién le pagará?

—Muy bien, todo lo que decís es cierto, y estando en la miseria, vos queréis hacerme un hijo, como si no tuviéramos bastantes.

—¡Eso sí que no!

—¡Claro que sí!; ¡estoy segura de que voy a quedar preñada!

—Es lo que dices siempre.

—Y nunca he fallado, sobre todo cuando me pica la oreja, y ahora me pica más que nunca.*

—Tu oreja no sabe lo que se dice.

—¡No me toquéis! ¡Dejad de sobarme la oreja!

¡Quieto! ¿Estáis loco? Luego te encontrarás mal.

—No, no, nunca me ha vuelto a suceder eso desde el día de San Juan.

—Insistes tanto que..., y dentro de un mes me reñirás como si fuera yo la culpable.

—No, no.

—Y dentro de nueve meses aún será peor.

—No, no.

—¿Tú lo quieres así?

—Sí, sí.

—¿Te acordarás? ¿No me dirás lo que otras veces?

Así que, de no, no, en sí, sí, aquel hombre indignado contra su mujer por haber cedido a un sentimiento humanitario...

EL AMO.—Eso mismo pensaba yo.

JACQUES.—Es cierto que aquel hombre no era demasiado consecuente; pero era joven, y su mujer, guapa. Nunca se paren-
tantos hijos como en épocas de miseria.

* Belaval duda de que se trate de una superstición campesina. En todo caso Diderot está haciendo una broma obscena, como la del Tristram Shandy sobre los bigotes (III, cap. 4), cuyo origen desconocemos. Recuerde el lector que en Les Bijoux indiscrets, el sexo femenino no hablaba torrencialmente. De hablar a escuchar hay un buen salto, pero

no deja de ser algo propio de un órgano provisto de orificio, labios o lóbulos y sustancias interiores lubricadoras del sistema.

EL AMO.—Nadie aumenta tanto la población como los miserables.

JACQUES.—Para ellos, un hijo más no representa nada, la caridad lo alimentará. Además es el único placer que no cuesta dinero; por la noche se consuelan, sin gastar ni cinco, de las calamidades diurnas... Y, sin embargo, las reflexiones de aquel hombre no dejaban de ser muy justas. Eso me decía yo a mí mismo, cuando sentí un vivísimo dolor en la rodilla, y grité: «¡Ay, mi rodilla!». Y el marido gritó: «¡Ay, mujer!...». Y la mujer gritó: «¡Ay, mi hombre!... Pero..., pero... ¿Y ese que está ahí?».

—¿Qué pasa con él?

—¡Quizá nos ha oído!

—Pues que nos oiga.

—Mañana no me atreveré a mirarle a la cara.

—¿Por qué? ¿Acaso no eres mi mujer? ¿No soy yo tu marido? ¿Tienen los hombres mujer y las mujeres marido para nada?

—¡Ay, ay!

—¿Qué os sucede?

—¡Mi oreja!...

—¿Qué le sucede a tu oreja?

—Está peor que nunca.

—Duérmete, ya pasará.

—No puedo. ¡Ay, mi oreja, mi oreja!...

—La oreja, la oreja, es fácil de decir...

No voy a contaros lo que se traían entre manos; pero el caso es que la mujer, tras repetir «la oreja, la oreja» varias veces seguidas en voz baja y jadeante, acabó por balbucear sílabas sueltas, «la... o... re...ja...», no sé lo que dijo, pero eso, junto al silencio que acabó por reinar,

me hicieron pensar que el picor de la oreja se le habría apaciguado de un modo u otro: lo cual me produjo un intenso placer. ¡Y a ella, claro!

EL AMO. —Jacques, con la mano en el corazón, juradme que no fue ésa la mujer que os enamoró.

JACQUES.—Lo juro. EL AMO.—Peor para ti.

JACQUES.—Tanto peor o tanto mejor. Al parecer creéis que las mujeres que poseen una oreja como la de mi bienhechora son unas perfectas oyentes.

EL AMO.—Creo que eso está escrito en las alturas.

JACQUES.—Yo creo que a continuación está escrito que no escuchan durante mucho rato a la misma persona, y que son muy inclinadas a escuchar a otros.

EL AMO.—Es posible.

Y ya los tenéis embarcados en una interminable disputa sobre las mujeres; uno, con la pretensión de que son buenas; el otro, de que son malas; y ambos tenían razón; el uno, que son bobas; el otro, que son listas: y ambos tenían razón; el uno, que son falsas; el otro, que son sinceras: y ambos tenían razón; el uno, que son avaras; el otro, que son pródigas: y ambos tenían razón; el uno, que son bellas; el otro, que son feas: y ambos tenían razón; el uno, que son charlatanas; el otro, que son discretas; el uno, que son francas; el otro, que son hipócritas; el uno, que son ignorantes; el otro, que son cultas; el uno, que son honestas; el otro, que son libertinas; el uno, que son locas; el otro, que son cabales; el uno, que son grandes; el otro, que son pequeñas: y ambos tenían razón.

Mientras proseguían esa discusión, que les hubiera permitido dar la vuelta al mundo sin dejar de hablar un

instante y sin llegar a ningún acuerdo, fueron sorprendidos por una tormenta que los obligó a dirigirse hacia...

—¿Dónde, dónde? —Señor lector, ¡sois de una curiosidad verdaderamente incómoda! ¿Qué demonios puede importaros? Aunque os dijera que hacia Pontoise, o Saint-Germain, o Nuestra Señora de Loreto, o Santiago de Compostela, ¿adelantaríamos algo con ello? Ya que insistís, os diré que se

dirigían hacia..., sí; ¿por qué no?..., hacia un inmenso castillo en cuya fachada puede leerse:

«A nadie pertenezco y soy de todo el mundo. Antes de entrar ya estabais, y seguiréis cuando salgáis». —¿Entraron en ese castillo? —No, ya que, o la inscripción miente, o ya estaban allí antes de entrar. —¿Salieron, al menos? —No, ya que, o bien la inscripción miente, o allí siguieron después de salir. —¿Y qué hicieron allí dentro?

—Jacques dijo lo que estaba escrito en las alturas; su amo, lo que le vino en gana: y ambos tenían razón. —¿Qué clase de compañía encontraron? —Una mezcla. —¿Qué decían? — Algunas verdades, y muchas mentiras. —¿Había gente interesante? —¿Dónde no la hay?, y también malditos preguntones de los que escapaban como la peste. Lo que más intrigó a Jacques y a su amo durante todo el tiempo que por allí pasearon... —Entonces, ¿puede uno pasear por allí? —Es lo único que se hace, a menos de estar sentado o tendido... Lo que más intrigó a Jacques y a su amo durante el tiempo que pasaron allí, fue encontrarse con una veintena de aprovechados que se habían apoderado de las más lujosas estancias (en las que a pesar de todo siempre se encontraban estrechos), quienes pretendían, contra todo derecho común y contra el auténtico sentido de la inscripción, que el castillo les había

sido entregado en propiedad exclusiva; éstos, con ayuda de un cierto número de inútiles a sueldo, habían persuadido a otro grupo más numeroso de inútiles a sueldo, para que estuviesen siempre dispuestos a encarcelar o asesinar al primero que osara contradecirles: en tiempos de Jacques y su amo, lo hacían de vez en cuando. —¿Impunemente? —Según se mire.

Diréis que me estoy entreteniendo, y que, como ya no sé qué hacer de mis viajeros, me lanzo a la alegoría, ese recurso general de las mentes estériles. Sacrificaré mi alegoría y toda la riqueza que de ella pueda extraerse, me acomodaré a cuanto gustéis, pero a condición de que no me importunéis más con el lugar en donde se refugiaron Jacques y su amo; sea que llegaran a una gran ciudad y pasaran la noche con unas muchachas; sea que durmieran en casa de un viejo amigo, festejados por todo lo alto; o que se refugiaran en un convento de monjes mendicantes, donde fueron mal acogidos y peor cenados, por amor de Dios; o en el palacio de un potentado, donde les faltó todo lo necesario, mientras nadaban en lo superfluo; o que por la mañana salieran de un gran albergue, donde pagaron carísima una pésima cena servida en vajilla de plata, y una noche entre cortinajes de Damasco y sábanas húmedas y arrugadas; o que se acogieran a la hospitalidad de un cura de pueblo sin más beneficio que la pensión anual,* quien se precipitó sobre los corrales de sus parroquianos

* La expresión francesa (curé à portion congrue) designaba a aquellos párrocos que se veían reducidos a una pensión anual otorgada por el beneficiario. Esta pensión era de tal estrechez que la expresión equivalía a «condenado a morir de hambre».

para cobrarles la contribución y freír una tortilla y guisar un pollo; o que se embriagara con excelentes vinos, se indigestaran de filetes monumentales, en una rica abadía de bernardinas; ya que, aunque todo lo dicho os parezca igualmente posible, Jacques no era de tal opinión; sólo era verdaderamente posible aquello que estaba escrito en las alturas. Lo que sí es cierto es que, sea cual fuere el lugar del que queráis hacerles partir a la jornada siguiente, no habían dado veinte pasos cuando el amo le dijo a Jacques, tras haber tomado su porción de tabaco habitual: «¡Ea, Jacques! ¿Qué me estabas contando de tus amores?».

En lugar de responder, Jacques exclamó: «¡Al diablo la historia de mis amores! ¡Me he dejado...!».

EL AMO.—¿Qué es lo que te has dejado?

En lugar de responderle, Jacques vaciaba sus bolsillos, y se registraba de arriba abajo sin resultado. Se había dejado la

bolsa de viaje bajo el cabezal del lecho, y en cuanto se lo confesó a su amo, éste gritó: «¡Al diablo con la historia de tus amores! ¡Me he dejado el reloj en la re- pisa de la chimenea!».

Jacques no se hizo de rogar; de inmediato volvió bri- das, y regresó sin prisas, ya que nunca tenía prisa... —¿Al inmenso castillo? —No, no. De los muchos lugares posi- bles que os enumeré anteriormente, escoged el que más os convenga para la presente circunstancia.

Mientras tanto, el amo siguió adelante: ya tenemos al amo y al criado separados, y ahora no sé a cuál ligarme pre- ferentemente. Si queréis seguir a Jacques, andaos con ojo; la recuperación de la bolsa y el reloj puede convertirse en

algo tan prolongado y complejo, que no le permita reu- nirse con su amo hasta al cabo de mucho tiempo, y, sien- do éste el único confidente de sus amores, adiós a los amores de Jacques. Si, abandonándolo a su soledad en busca de la bolsa y el reloj, tomáis la decisión de hacer compañía al amo, seréis muy bien educados, pero abu- rridísimos; todavía no conocéis a este individuo. Tiene pocas ideas en la cabeza; si por casualidad dice algo sen- sato, es una reminiscencia o una inspiración. Tiene ojos, como vosotros y como yo; pero la mayor parte del tiem- po no se sabe si mira. No duerme, pero tampoco está despierto; se deja existir: es su función habitual. Dicho autómatas seguía adelante, volviéndose de vez en cuando por

ver si regresaba Jacques; bajaba del caballo y caminaba; ganaba nuevamente la montura, avanzaba media legua, volvía a bajar y se sentaba en el suelo con las riendas en el brazo, y la cabeza apoyada en ambas manos. Cuando se cansaba de esta postura, se levantaba y miraba a lo lejos por ver si percibía a Jacques. De Jacques, nada. Entonces perdía la paciencia y sin saber demasiado si hablaba o no, decía: «¡Ese criminal! ¡Ese perro! ¡Ese ladrón!

¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Tanto tiempo se necesita para recuperar una bolsa y un reloj? Le molere a bastonazos; ¡ah, sí!, ciertamente, le molere a bastonazos». Luego buscaba su reloj en el bolsillo del chaleco, donde nada había, y eso acababa de desesperarle, ya que no sabía vivir sin reloj, sin su tabaquera y sin Jacques: eran las tres magnas actividades de su vida, la cual se consumía en tomar tabaco, mirar la hora, y preguntarle cosas a Jacques, en todo tipo de combinaciones. Privado de su reloj, se veía reducido a la tabaquera, y a cada minuto la

abría y cerraba, como hago yo también cuando me aburro. Lo que queda de mi tabaquera al cabo del día está en razón directa del grado de diversión, o en razón inversa del de aburrimiento, de la jornada. Os suplico, lector, que os familiaricéis con este modo de hablar tomado de la geometría, porque me parece muy exacto, y haré uso frecuente del mismo.

¡Bueno! ¿Os parece que ya tenemos bastante del amo? Como su criado sigue sin venir a nosotros, ¿que- réis que vayamos nosotros a su criado? ¡Pobre Jacques! Cuando decíamos la última frase, él exclamaba lastime- ramente: «¡Estaba escrito allí arriba que en un mismo día me vería detenido como un salteador de caminos, a punto de ir a dar en una prisión, y acusado de haber se- ducido a una muchacha!».

Cuando se dirigía, sin prisas, al castillo, no..., al lu- gar donde pasaron la última noche, se cruzó con uno de esos vendedores ambulantes de bisutería, quien le gritó:

«Señor jinete, ligueros, cinturones, cadenas de reloj, ta- baqueras de última moda, auténticos jaback,* joyas, estu- ches de reloj. Un reloj, señor, un reloj, un hermoso reloj de oro cincelado, de doble caja, como si fuera nuevo...». Jacques le contesta: «Ya busco uno, ya, pero no el tu- yo...», y sigue su camino, siempre sin prisas. Al poco de avanzar, creyó ver escrito en las alturas que el reloj que

* El Hôtel Jaback, que estaba situado en la rue Saint-Merri de París, fue un célebre comercio de joyas y bisutería de todo tipo. Se puso de moda llevar «auténticos jaback», y la expresión perduró unos años como sinónimo de distinción.

aquel hombre le ofrecía era el de su amo. Volvió sobre sus pasos, y le dijo al buhonero: «Amigo mío, veamos ese reloj con caja de oro, tengo la impresión de que puede interesarme».

—A fe mía —dijo el vendedor—, que nada me sorprendería menos; es precioso, muy precioso, y va firmado por Julien Le Roi.* Hace muy poco que me pertenece; lo adquirí a cambio de un mendrugo de pan, lo vendo barato. Me gustan las ganancias pequeñas y frecuentes; pero los tiempos que corren son poco propicios: hasta dentro de tres meses no volveré a tener una ganga semejante. Tenéis aspecto de hombre galante, y me gustaría que os aprovecharais vos en lugar de cualquier otro...

Hablando, hablando, el buhonero había depositado su baúl en tierra, lo había abierto, y sacado el reloj, que Jacques reconoció de inmediato, sin sorprenderse, ya que, si bien nunca se apresuraba, era en cambio raro que se sorprendiera. Mira cuidadosamente el reloj: «Sí —se dijo—, éste es...». Y al vendedor: «Tenéis razón, es precioso, muy precioso, y sé que es auténtico...». Luego, introduciendo el reloj en el bolsillo de su chaleco, le dijo al buhonero: «¡Muy agradecido, amigo mío!».

—¿Qué es eso de «muy agradecido»?

—Sí, el reloj es de mi amo.

—No conozco a vuestro amo; este reloj es mío, yo lo compré y pagué un buen precio por él...

* Julien Le Roi (1686-1759) fue un relojero de gran pericia que acabó trabajando en exclusiva para la casa real.

Y cogiendo a Jacques por el cuello, intenta recuperar el reloj. Jacques se acerca al caballo, y tomando una de las pistolas, la apoya contra el pecho del vendedor:

«Apártate —le dice—, o te mato». El vendedor, asustado, le suelta. Jacques monta de nuevo y se dirige hacia la ciudad sin apresurarse, diciéndose a sí mismo: «Ya tenemos el reloj, veamos ahora cómo recuperamos la bolsa...». El buhonero se apresura a cerrar el baúl, vuelve a ponerlo sobre sus espaldas, y sigue a Jacques gritando: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Auxilio!...». Era la época de la cosecha: los campos estaban llenos de labriegos. Dejaron sus hoces y se agruparon en torno al vendedor, preguntándole dónde estaba el ladrón, el asesino.

—Es aquél, es aquel de allí.

—¿Cómo! ¿Aquel que va tranquilamente hacia la ciudad?

—El mismo.

—Estáis loco; no escapan así los ladrones.

—Que sí, que sí os digo, me robó por la fuerza un reloj de oro...

Aquella gente no sabía en qué creer, si en los gritos del vendedor ambulante o en la marcha tranquila de Jacques. «Amigos míos —añadió el buhonero—, si no me ayudáis ahora mismo, estoy perdido; no vale menos de treinta luises. Socorredme, se lleva mi reloj, si se pone a galope, lo pierdo para siempre...».

Si bien Jacques no alcanzaba a oír los gritos, podía en cambio ver con toda claridad al grupo de labriegos, y no por eso aceleraba la marcha. El buhonero acabó convenciendo a los campesinos para que persiguieran

a Jacques, mediante la esperanza de una recompensa. Así que ya tenéis a una muchedumbre de hombres, mujeres y niños corriendo y gritando: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino!», y al vendedor siguiéndolos tan de cerca como se lo permitía el baúl con que cargaba, y gritando: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino!...».

Entraron en la ciudad, ya que Jacques y su amo habían pasado la noche en una ciudad; ahora mismo lo acabo de recordar. Los habitantes salen de sus casas, se unen a los labriegos y al buhonero, gritando todos al unísono:

«¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino!...». Todos al mismo tiempo rodean a Jacques. El vendedor se abalanza sobre él, Jacques le propina una patada y lo derriba en el suelo, pero no por eso deja de gritar: «Ladrón, canalla, criminal, devuélveme el reloj;

aunque me lo devuelvas, no te librarás de la horca...». Jacques, con toda sangre fría, se dirigía a una muchedumbre que aumentaba por minutos, y decía: «Si hay un jefe de policía por aquí, que me conduzcan ante él: allí demostraré que no soy un ladrón, y que este hombre bien podría serlo. Le he cogido un reloj, es cierto, pero es el reloj de mi amo. No soy un desconocido en esta ciudad; antes de ayer llegamos mi amo y yo, para pasar la noche en casa del señor teniente general, amigo suyo de la infancia». Si no os dije antes que Jacques y su amo habían pasado la noche en Conches,* y que

* Paul Vernière afirma que se trata de la misma ciudad de Conches, en la Normandía, donde Diderot consiguió el privilegio de las forjas para su yerno Caroillon de Vandeul. («Diderot et l'invention littéraire», R.H.L.F., abril-junio 1959, pág. 162.)

se alojaron en casa del teniente general de la ciudad, fue porque no se me ocurrió hasta este momento. «Conducidme a la casa del teniente general», decía Jacques al tiempo que desmontaba. En el centro del cortejo iban él, su caballo y el buhonero. Caminan, llegan a la puerta del teniente general. Jacques, su caballo y el buhonero, entran. Jacques y el

buhonero se agarran mutuamente por las solapas. La muchedumbre queda fuera.

¿Qué hacía mientras tanto el amo de Jacques? Se había quedado traspuesto al borde del camino, con las riendas de su caballo enrolladas al brazo, mientras el animal pastaba alrededor del durmiente cuanto le permitía la longitud de la brida.

No bien vio a Jacques el teniente general, exclamó:

«¡Vaya, eres tú, mi pobre Jacques! ¿Qué es lo que te trae por aquí a ti solo?».

—El reloj de mi amo: lo dejó sobre la repisa de la chimenea, y yo lo encontré en el baúl de este hombre; y también mi bolsa, que olvidé en el cabezal de mi cama, y que recuperaré si vos lo ordenáis.

—Si está escrito allí arriba... —añadió el magistrado. Al instante mandó llamar a los sirvientes: y al instante el buhonero, mostrando un tipo malcarado recientemente contratado en aquella casa, dijo: «Ése es quien me vendió el reloj».

El magistrado, con aire severo, dijo a su sirviente y al vendedor: «Ambos merecéis ir a galeras, tú por vender el reloj, tú por comprarlo...». A su sirviente: «Devuélvele a este hombre su dinero, y quítate el uniforme ahora mismo...». Al vendedor:

«Abandona el país a toda velocidad, si no quieres quedarte en él para el resto de tus días.

El oficio que ambos ejercéis es de los que traen desgracia... Y ahora, por tu bolsa, Jacques». Aquella que se la había apropiado compareció sin ser llamada; era una muchacha alta y bien formada. «Yo soy, señor, quien tiene la bolsa —le dijo a su amo—; pero no la he robado, él me la dio».

—¿Que yo os di mi bolsa?

—Sí.

—Es posible, pero el diablo me lleve si lo recuerdo...

El magistrado le dijo a Jacques: «Ea, Jacques, no investiguemos demasiado».

—Señor...

—Es guapa y complaciente a lo que veo.

—Señor, os juro...

—¿Cuánto había en esa bolsa?

—Unas novecientas diecisiete libras.

—¡Ah, Javotte! Novecientas diecisiete libras por una noche me parece demasiado para ti y para él. Dadme la bolsa...

La moza le entregó la bolsa a su amo, quien sacó un escudo de seis francos: «Tomad —le dijo lanzándole la pieza—, éste es el precio de vuestros servicios; quizá costéis más, pero a otro

que no sea Jacques. Os deseo que ganéis el doble todos los días, pero no en mi casa, ¿entendido? Y tú, Jacques, monta a toda prisa en tu caballo y vuelve con tu amo».

Jacques saludó al magistrado y se alejó sin responder, pero se decía a sí mismo: «¡Desvergonzada! ¡Descarada! ¡Estaba escrito allí arriba que otro gozaría de ella, y que Jacques lo pagaría! Ea, Jacques, consuélate; ¿no

tienes suficiente con haber recuperado la bolsa y el reloj de tu amo, y que te haya salido tan barato?».

Monta de nuevo Jacques en su caballo y se abre camino entre la gente agolpada a la puerta del magistrado; pero, doliéndole profundamente que todo aquel gentío le tomara por un bribón, sacó el reloj de su bolsillo y simuló mirar la hora; luego espoleó al caballo, el cual no estaba acostumbrado a tal tratamiento, pero no por eso dejó de salir disparado. Su hábito era hacerle ir a la velocidad que quisiera; pues le parecía tan poco acertado frenarle cuando galopaba, como acuciarle cuando marchaba con lentitud. Creemos ser dueños del destino; pero es él quien nos conduce: y el destino, para Jacques, era todo cuanto le tocara o rozara, su caballo, su amo, un monje, un perro, una mujer, un mulo, una cornuja. Así pues, el caballo le conducía a galope tendido hacia su amo, quien se había dormido al borde del camino, con las bridas del caballo enrolladas al brazo, como ya os dije. Pero así como entonces el caballo estaba sujeto

a las bridas, cuando Jacques llegó, las bridas seguían en su lugar, pero ya no sujetaban al caballo. Al parecer, algún bribón se había acercado al durmiente, y cortando silenciosamente las correas, se había llevado el caballo. Al oír el galope de Jacques, su amo despertó, y lo primero que dijo fue: «¡Ven aquí, sinvergüenza, ven aquí! Te voy a...». Y bostezó hasta desencajarse las mandíbulas.

—Bostezad, bostezad a gusto, señor —le dijo Jacques—, pero ¿dónde está vuestro caballo?

—¿Mi caballo?

—Sí, vuestro caballo...

InfoLibros.org

